

biografía. Puede que sea otro ejemplo de su insatisfacción ante lo heredado.

En algunos de los trabajos que homenajean a MPL, la figura estudiada lo es a través de la palabra («el poder de la palabra»; p. 313). Otra vez el lenguaje, también presente en las colaboraciones del apartado dedicado a «Teoría y movimientos sociales». Algunas de las trayectorias vitales estudiadas por Pérez Ledesma corresponden a «ciudadanos turbulentos», como también algunos trabajos de este *Homenaje a Manuel Pérez Ledesma* recogen las trayectorias vitales de personajes «nómadas, incomprensidos y rechazados por haber nacido fuera de lugar» (p. 283). Nómadas, incomprensidos y rechazados en este mundo moderno que se inventa la ciudadanía y la nación como dos caras de la misma moneda, pero que exilia a muchas de sus ciudadanas y que no sabe conjugar esas invenciones con la «extranjería». Cuestiones presentes a ambos lados del Atlántico (Argentina, Cuba, El Salvador, España, Portugal, etc. están presentes en este libro) desde el siglo XIX, con una vigencia quizá más poderosa a principios del XXI.

En este *Homenaje* leemos que Manuel Pérez Ledesma es «docente, no ya destacable, sino ante todo dedicado» (p. 13), y que su obra constituye un «ejercicio de generosidad» (p. 419). Se destaca también su capacidad para crear discípulos y lo hace, por ejemplo, a través del debate, recurriendo de forma permanente al trabajo colectivo, que es necesariamente crítico. Frases como «allí [en los debates y seminarios promovidos por MPL] aprendí que mi texto no era yo» (p. 105) reflejan todo un programa intelectual que constituye una auténtica escuela de historiadores conscientes, de ciudadanía a fin de cuentas.

Y con la ciudadanía acaban estas letras, aunque sea con una reflexión quizá poco

pertinente en una revista como *Segle XX*. Cada lector hace su lectura, y la de quien firma estas líneas corresponde a la mirada de un profesor de secundaria, que se pregunta si las aportaciones de Manuel Pérez Ledesma, que tanto contribuyen a la renovación de la historiografía, llegan a las aulas de la enseñanza media. Si observamos los currículos oficiales, la respuesta es preocupante porque esos documentos parecen estar anclados en planteamientos poco sensibles a nuevos aires. Desde las aulas de secundaria deberíamos compartir esa preocupación con el mundo universitario —o el mundo universitario con la secundaria—, porque si esperamos a que lo hagan las autoridades educativas, la enseñanza de la historia no va a contribuir a formar ciudadanos conscientes.

Víctor Manuel Santidrián Arias  
*Fundación 10 de Marzo - IES do Milla-  
doiro (A Coruña)*

Martín Rodrigo y Alharilla, *Los Goytisolos. Una próspera familia de indios* (con prólogo de Juan Goytisolos), Madrid: Marcial Pons, 2016, 384 pp.

En una introducción, elaborada con lenguaje casi cinematográfico, Martín Rodrigo nos introduce en el biografiado principal, Agustín Goytisolos Lezarzaburu. Primero la fecha, 23-1-1880, para situarnos en el tiempo del que parte su narración, luego un plano general del espacio urbano, Barcelona, la escenografía y el clima de la época en que se inscribe ese primer acto, para, partiendo de lo general, llegar a lo particular con un primer plano que arriba por fin a la intimidad del personaje reflexionando sobre las vicisitudes que generaba la abolición de la esclavitud en Cuba y que nos muestra a un Goytisolos

que la vive como una especie de impugnación a toda su vida. Mientras, prueba de recuperarse de tan infaustas noticias para sus intereses refugiándose en la comparación de su prole saludable y su fortuna, valorada en 8 millones de pesetas de la época, con el infortunio familiar de otro potentado enriquecido con el trabajo esclavo, Antonio López, el marqués de Comillas.

En el segundo capítulo, «Amanece en Lekeitio», relata los primeros años del patriarca biografiado. El título es sumamente expresivo, ya que refiere cómo se forman las expectativas de Goytisolo, de oficio carpintero, a partir de sus experiencias vitales: ausencia del padre (elemento que hace referencia a un *self-made man*) y su sustitución por los ejemplos indianos que abundaban en su ciudad natal. Destaca la importancia de la emigración a América como forma de salida económica para una pequeña y mediana burguesía (artesanos y comerciantes). El autor plantea que son esas influencias –incluso la de su padrastro– las que le impulsan a emigrar a Cuba en 1833.

En el tercer capítulo, «Su majestad el azúcar», Martín Rodrigo se centra en la transformación del carpintero emigrante en opulento hacendado, propietario de tres ingenios azucareros explotados con trabajo esclavo, también partícipe en operaciones de tráfico esclavista, incluso clandestino. También deviene comerciante exportador de azúcar y derivados mediante la empresa mercantil Solozábal Campo y Cía., constituida en abril de 1857 (pp. 62-71), lo que le permitió obtener unos grandes beneficios que llegaron, en su caso, al 357% del capital inicial aportado. También participa como prestamista en un sistema, el *crédito refaccionista*, por el cual las empresas comerciales concedían a los hacendados los créditos necesarios para la realización de la producción azucarera a cambio de ocupar-

se en exclusiva de su comercialización, por lo que obtenían un doble beneficio: interés crediticio más comisión de ventas de exportación, al tiempo que en calidad de acreedores se iban haciendo con la propiedad de muchos hacendados que no podían afrontar las deudas (pp. 72-73), contribuyendo a la concentración de la propiedad agraria. En cambio, Goytisolo autofinanciaba las actividades como hacendado, ampliando además sus actividades a una naviera de cabotaje y empresas ferroviarias en Cuba y en España (Ferrocarril de Tudela a Bilbao). Con ello el autor contribuye a demostrar como los beneficios coloniales financiaban la acumulación en la metrópoli (pp. 76-79).

Pero detrás de operaciones comerciales beneficiosas para Agustín Goytisolo y pérdidas para sus competidores, en ese juego de suma cero que se llama capitalismo, Martín Rodrigo hace surgir la lucha de clases, el conflicto social y político en forma de insurrección independentista y antiesclavista con la huida de esclavos, y la instauración de guardias privadas armadas por los dueños de las plantaciones, con el inicio en Cuba de la Guerra Larga (1868-1878).

En el cuarto capítulo, «El sol brilla en Cienfuegos», Martín Rodrigo se centra en el desarrollo de Goytisolo como hombre político, como concejal y alcalde de Cienfuegos, luego de haber detallado su ascenso a la categoría de poseedor de una de las mayores fortunas de la región y, con ello, la evolución del capitalismo esclavista cubano (p. 82). Relata también en este capítulo las razones del traslado de su familia a Barcelona, principalmente la guerra, que afectaba especialmente a Cienfuegos, pero también un conjunto de motivos propios de una burguesía colonial que mantenía todos sus vínculos afectivos y de figuración social

con la Península, desde la erección de palacetes (que se transformaron en símbolo de lo indiano) hasta la necesidad de que sus descendientes conocieran Europa y siguieran los estudios superiores en la metrópoli (pp. 109-110).

A pesar de ello las relaciones establecidas en Cuba se mantenían en el traslado a España, ya que el autor no deja de registrar una cierta afinidad entre estas élites expatriadas, que constituían una especie de subsociedad que era también producto del régimen colonial. Una subsociedad que vivía de la explotación del país pero que no reivindicaba una existencia autónoma para Cuba sino todo lo contrario, como lo personificaba Goytisolo, enfrentando a los anexionistas, como partidario del *statu quo* y de la continuidad de la relación colonial. En este sentido, no se diferenciaban demasiado de las burguesías coloniales británicas o francesas. Por esos motivos, también una sociedad que consideraba que los beneficios obtenidos en la colonia valía la pena invertirlos en la metrópoli, especialmente en Barcelona, convertida, como dice el autor, «en una verdadera capital del capital americano» (p. 111).

Eso es lo que relata y analiza el autor en el quinto capítulo, titulado «Barcelona, la capital del retorno», donde la inversión principal sería, no en actividades productivas fabriles, sino rentístico-especulativas, centradas en los bienes raíces urbanos, en las fincas urbanas, amén de depositar sus caudales fuera de la isla, en la banca norteamericana, inglesa y francesa (p. 119). De este modo el patriarca Goytisolo invirtió parte de sus ahorros en la compra de deuda pública española, así como francesa; algo habitual también en la burguesía hispana de la época, tanto metropolitana como colonial, una burguesía rentista y de bienes raíces, a pesar de que en el mundo colonial

habían aparentemente arriesgado en inversiones en la explotación esclavista (pp. 121, 132, 136, 141, 142, 143 y 249). Su inversión productiva en la producción azucarera en Cuba significó un riesgo empresarial que adjetivo como «aparente» porque, en realidad, el auge del oro blanco y una mano de obra cautiva sin posibilidad de resistir a las duras condiciones de trabajo como sí lo hacían los trabajadores libres eran una inversión segura. Martín Rodrigo propone, para demostrar que su biografiado no era un caso excepcional, varios ejemplos de las posibilidades de rápido enriquecimiento que ofrecía Cuba, y especialmente Cienfuegos a mediados del siglo XIX. Cita, por ejemplo, a los comerciantes-empresarios Terry y Avilés, que en 1873 había más que decuplicado su inversión inicial de 1838.

El seguimiento biográfico se ve notablemente enriquecido por la descripción de la estructura social de la sociedad colonial y, especialmente, de la omnipresencia de diversas formas de servidumbre además de la mano de obra esclava. Por ello resulta muy interesante el apunte sobre los «emancipados», africanos jurídicamente libres —liberados por la marina británica que vigilaba el tráfico ilegal de esclavos— pero que, desembarcados en Cuba, se transformaban en trabajadores forzados compartiendo similares condiciones de vida y trabajo que los esclavos (pp. 153-154). Otro tanto podría decirse de los culíes chinos, que el autor menciona en diversos capítulos de su libro, como integrantes de la fuerza de trabajo de los ingenios azucareros.

También son significativas las referencias que hace Martín Rodrigo a las diversas formas de resistencia a la esclavitud, como el cimarronaje (p. 140)—tema al que vuelve al describir las durísimas condiciones de vida y trabajo a las que eran sometidos los esclavos, tanto por los Goytisolo como por

los restantes hacendados—, así como a la participación de esclavos que se integraron a las fuerzas mambises en la Guerra Larga, lo que, sumado al citado cimarronaje, sugiere el interés del estudio de las formas de resistencia de los esclavos a la opresión y explotación a que eran sometidos (véase, por ejemplo, Aisha K. Finch, «Insurgency at the Crossroads: Cuban Slaves and the Conspiracy of La Escalera, 1841-1844», New York University, 2007). Resulta sumamente importante para el análisis del moderno esclavismo el dato que ofrece Martín Rodrigo sobre la utilización de maquinaria moderna por los Goytisolo en sus haciendas azucareras, lo que demuestra que las modernas técnicas de producción no eran incompatibles con el trabajo esclavo, el cual a su vez era, más que compatible, inherente y condición de posibilidad de la acumulación y expansión del capitalismo (pp. 155-166). El ejemplo del carácter complementario y funcional del esclavismo norteamericano para la prosperidad de la industria textil británica, punta de lanza de la primera revolución industrial, es ya un hecho indiscutible. Además, existen trabajos que demuestran la aplicación de técnicas de organización y regularización del tiempo y el ritmo del trabajo («racionalización») en las plantaciones del sur de Estados Unidos antes de la guerra de Secesión (como, por ejemplo, Mark M. Smith, «Time, Slavery and Plantation Capitalism in the Ante-Bellum American South», *Past & Present*, n.º 150 (1996), pp. 142-168).

En el sexto capítulo, «Dificultades inesperadas», el autor nos muestra como una combinación de factores—las dificultades crecientes de obtener beneficios (aunque sin grandes pérdidas) con la exportación de azúcar a Estados Unidos, así como el inesperado fallecimiento de su apoderado, mano derecha y yerno, Miguel Planas,

y decisiones de potentados allegados a Goytisolo, como Terry e Irizar, de liquidar sus negocios e inversiones en Cuba— le hicieron emprender el camino de la retirada para concentrarse en el negocio urbanístico e inmobiliario en Barcelona (pp. 191-192).

El séptimo capítulo, titulado «Pasar a la isla para dar una vuelta a mis intereses», relata los efectos tanto de la Guerra Larga como de la caída internacional del precio del azúcar por el aumento de la producción a escala mundial y la competencia del azúcar de remolacha, que obligaron a Agustín Goytisolo a volver a la isla para intentar resolver los problemas surgidos en sus empresas y liquidarlas para retornar definitivamente a Barcelona; lo hará en mayo de 1878, para no retornar jamás a Cuba, donde «[...] había conseguido amasar una gran fortuna» (p. 238). El final de la guerra con el Pacto del Zanjón no satisfizo a Goytisolo, quien manifestaba el temor a una insurrección de esclavos, ya que muchos de ellos habían participado en la guerra con las fuerzas mambises. Ese temor es recurrente en todo el mundo esclavista, desde la insurrección victoriosa de Haití hasta la participación de esclavos negros o libertos en la Guerra Larga, pasando por la insurrección de Nat Turner en Estados Unidos, que fue el principal motivo —no el de su rendimiento económico— de la abolición definitiva en Cuba en 1880-1886 y en Brasil en 1888 (véase Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico* (Crítica, Barcelona, 2005).

En el capítulo octavo, «Quiero más uno de aquí que diez de allí», Martín Rodrigo nos muestra también el carácter absentista de esa burguesía colonial, en el caso de la empresa García Taltavull y Cía., donde se establecía que los beneficios que producían

los ingenios serían remitidos en su totalidad a España (pp. 248-249). Aquí también registra incursiones de los Goytisolo en la actividad industrial a través de la participación en la Industrial Harinera Barcelonesa, actividad en la que coincidirían con el consuegro de Agustín Goytisolo, José Taltavull García, fundador además del Banco Hispano Colonial (pp. 250-252). Del mismo modo que muchos otros indianos, también los Goytisolo se vincularon, a través de uniones matrimoniales, a otras actividades industriales, ya que su hija María Luisa se casó con Juan Ferrer Vidal Soler, hijo de Juan Ferrer Vidal, empresario industrial, y a través de estos se emparentó con Luis Ferrer Vidal Soler, impulsor de la Asland en Castellar de n'Hug (pp. 258-263). Pero en los orígenes de la acumulación primitiva de varios integrantes de estas «egregias» familiares se cuela la trata de esclavos (pp. 260 y 263). A pesar de esta relación «parental» con las actividades industriales, la inversión principal que realizó Agustín Goytisolo con las remesas procedentes de Cuba siguió siendo en propiedad inmobiliaria y en deuda pública española y de otros países (pp. 293-295).

Si bien para el patriarca Agustín Goytisolo la inminente abolición de la esclavitud auguraba un pésimo futuro para la isla (p. 269), algo que se refleja en el título de este capítulo, para su hijo primogénito, Agustín Goytisolo Jr., convenía continuar apostando por la industria azucarera empeñándose en la modernización de sus ingenios a partir de capital propio, por lo que se produjo una doble circulación del capital generado por la industria azucarera: hacia la reinversión y hacia la exportación de capital rumbo a la Península (una característica del desarrollo económico cubano en las dos últimas décadas del siglo XIX) (pp. 280-

281 y 282-283).

El libro acaba con el declive de la fortuna de los Goytisolo durante las primeras décadas del siglo XX, en el capítulo titulado «Tras la muerte del patriarca», no necesariamente porque hubieran afrontado grandes catástrofes, sino porque la propia naturaleza de su actividad social y económica, ese parasitismo como renta vitalicia fundado en la sangre triturada en los molinos de los ingenios de su propiedad, se fue agostando poco a poco, como un viejo dinosaurio que ya no se adapta a las nuevas condiciones de la ecología social y política. Diría más. Esa burguesía magistralmente analizada y explicada por Martín Rodrigo era tan dependiente del trabajo esclavo que comenzó a morir con su abolición. La muestra es el fracaso que signó la singlatura empresarial de los dos hijos, Agustín Jr. y Antonio, viviendo hasta el final de los réditos de la fortuna amasada con la explotación y el sufrimiento de los esclavos. Hay dos pasos que resumen este libro: uno en el que Martín Rodrigo reflexiona sobre la inercia de esta burguesía al comentar el final de decadencia de Juan Taltavull Victory, «un claro ejemplo, en primera persona, de que por grande que sea un determinado patrimonio, acumulado o heredado, las reglas propias del capitalismo exigen su constante reproducción si se quiere evitar que este acabe desapareciendo con el paso del tiempo» (p. 353), y otro del propio Juan Goytisolo, bisnieto de Agustín Goytisolo Lezarzaburu, evocando su pasado familiar: «El mito familiar, escrupulosamente alimentado por mi padre, se esfumó para siempre tras la cruda verdad de un universo de desmán y pillaje, desafueros revestidos de piedad, abusos y tropelías inconfesables [...] [su bisabuelo Agustín] se había convertido en uno de los magnates de la industria azucarera cubana gracias a su despiadada

explotación de una mano de obra abundante y barata: la suministrada por los esclavos» (pp. 360 y 362).

Considero este libro como una obra de referencia, no solo como ejemplo de metodología biográfica, sino como un estudio de historia social, económica y política donde el autor nos revela los microfundamentos, también a través del análisis prosopográfico, del poder de una burguesía colonial que contribuyó de forma poderosa a otorgar su especial forma al desarrollo del capitalismo español, a través de los avatares de una familia muy representativa de dicha burguesía: los Goytisoló. A través de un minucioso y sistemático estudio de fuentes primarias de diversos archivos tanto cubanos como peninsulares y una muy actualizada bibliografía, Martín Rodrigo nos demuestra como bodas, amistad y/o asociación comercial se intersecan con las diversas coyunturas políticas y económicas tanto cubanas como hispanas para interactuar en el desarrollo de algunas de las vicisitudes y características del desarrollo capitalista decimonónico. Es también un estudio indispensable en cualquier investigación futura que quiera trabajar el tema del esclavismo, y especialmente del esclavismo moderno, tan inherentemente vinculado a la acumulación y modernización capitalista del XIX. Volviendo al símil cinematográfico del comienzo de la presentación, Martín Rodrigo logra, como lo hacen los buenos directores de cine, que los personajes de su libro, con sus interacciones y decisiones situadas en los sucesivos escenarios, delaten la terrible realidad que se oculta tras sus negocios y decisiones sin necesidad de frases altisonantes ni de declaraciones de principios.

Alejandro Andreassi Cieri  
(Universitat Autònoma de Barcelona)

Francisco Veiga, Pablo Martín y Juan Sánchez Monroe, *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Madrid: Alianza, 2017, 672 pp.

No es sorprendente que el centenario de la Revolución rusa, además de despertar un intenso interés tanto académico como mediático acerca de los sucesos de 1917, se esté convirtiendo en uno de los acontecimientos editoriales del año en curso. Al recorrer cualquier librería, el lector podrá apreciar fácilmente la enorme cantidad de obras que, en los últimos meses, han llegado a publicarse sobre la Revolución; si bien algunas son simples reimpresiones de títulos ya aparecidos, otras, en cambio, son libros nuevos que intentan arrojar nueva luz sobre los trascendentales eventos que se desarrollaron en Rusia hace un siglo.

Entre estos últimos, merece la pena destacar el recién publicado *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, de Francisco Veiga, Pablo Martín y Juan Sánchez Monroe, publicado por Alianza Editorial. Francisco Veiga, catedrático de la Universitat Autònoma de Barcelona, es autor de una buena cantidad de publicaciones sobre la historia contemporánea y las cuestiones geopolíticas de los Balcanes, de Turquía y del espacio euroasiático, que le han convertido en uno de los especialistas españoles en este ámbito de investigaciones. Como en su anterior título —el excelente *Las guerras de la Gran Guerra, 1914-1923*, publicado en 2014—, Veiga vuelve a contar con la colaboración del militar de carrera Pablo Martín; además, esta vez a ellos se une Juan Sánchez Monroe, diplomático cubano, experto en los países socialistas y profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García de La Habana.